que el elemento germánico por sí solo produjese la gran trasformacion de los siglos V al VIII. Dado que el mismo insigne publicista frances declara que el sentimiento de la dignidad humana á que nos hemos referido era en los germanos un egoismo horrible; dado que aquel espíritu de independencia, aquel carácter frio, libre, *personalista*, ni procedia de una virtud del alma, ni reconocia límite, como que era ni más ni ménos una condicion orgánica, una reminiscencia de la semisalvaje vida de los bosques; dado finalmente que en el carácter de los invasores solo existe el gérmen de lo que despues será libertad, dignidad y sociabilidad, ¿dónde buscaremos el calor que desarrolle ese gérmen, la luz que ilumine al mundo en este período crítico, en esta evolucion interesantísima de la existencia universal?

VII

El filósofo autor de la Historia de la civilizacion, y todos los autores de historias y de filosofías convendrán con nosotros en que el sentimiento germánico *por sí solo* no pudo dictar las leyes del Fuero-Juzgo, no pudo dar de sí las glorias de Recaredo, las escuelas de la España gótica; no pudo proporcionar á la Italia el espectáculo que Teodelinda le ofreció á fines del siglo VI, ni á los

francos el de los tiempos de Clodoveo, ni abrir á los anglo-sajones las puertas de la verdad, cerradas hasta la predicacion del gran monje Agustin; el sentimiento germánico por sí solo jamás hubiera regularizado la familia, suavizado las penas, creado la autoridad sobre anchas bases, escogitado el asilo ni preparado por último las glorias de Carlo-Magno y de Fernando el Santo.

De arriba viene la luz: busquémosla en la doctrina católica, y la encontrarémos.

Homero habia dicho que Júpiter quitó á los esclavos la mitad de la mente: si se nos desecha esta autoridad por ser de un poeta y no hacer mucha fe en los grandes juicios de la razon los testimonios de la fantasía, acudirémos á Platon, que se conforma casi totalmente con el dicho del poeta, ó nos detendrémos en Aristóteles, que establece la existencia de libres y esclavos por naturaleza: no mucho más benévolos fueron en sus escritos con los esclavos los poetas y filósofos de Roma. Ahora bien: si cuando los pueblos del Norte derribaron el imperio habia ya muchos años que se predicaba en el mundo la doctrina de la igualdad ante Dios, de la unidad del género humano por la naturaleza en Adam y por la gracia en el bautismo; si en el espacio de dos, tres y aun cuatro siglos se habian repetido las palabras de San Pablo: «no hay judío ni griego, no hay esclavo ni

soberbio empuje se alzaban amenazando de todos lados una horrible inundacion, la cátedra de San Pedro es roca inexpugnable á cuyos piés la tempestad se estrella y las olas embravecidas se convierten en manso remolino.

X

Pero las horas de la noche pasan; se aleja la borrasca, y el dia amanece en el horizonte de la inteligencia. Las cruzadas han abierto al Occidente las puertas del Oriente: el edificio comienza á levantarse. Las moléculas del poder se unen por cierta fuerza de cohesion desconocida: llega el período de la síntesis; brotan las monarquías. Tambien se han unido las moléculas del mundo de la poesía, y ha brotado la *Divina comedia*. El arte ha tomado cuerpo en la catedral de Colonia. Para el Derecho nace un Alfonso el Sabio, para la Teología nace un Santo Tomás de Aquino; Bolonia, Salamanca y Paris erigen palacios á la ciencia. ¿Qué fuera del derecho civil de los pueblos si la Iglesia no les hubiese dado á copiar su jurisprudencia? ¿Qué del derecho romano si la Iglesia no hubiera conservado los códices? ¿Qué de las bellas letras si el clero no hubiera salvado los manuscritos de las lenguas sábias? La influencia del sentimiento cristiano en las artes, en las

costumbres, en la forma de ser de la sociedad, durante la época del Renacimiento, se revela de una manera tan admirable, que basta ver los lienzos que decoran nuestras antiguas catedrales, la arquitectura severa, las torres gallardas cuya aguja se pierde en las alturas; oir el canto religioso, grave y pausado, cuya misteriosa armonía conmueve el alma; basta considerar con imparcial criterio los monumentos literarios donde aparece la mujer como objeto de respetuosa consideracion, el honor como ley suprema de hijosdalgo, la beneficencia como principal empresa de caballeros; basta observar, repetimos, estos rasgos característicos para convencerse del influjo que el catolicismo ejerció en el progreso de los pueblos al terminar la funesta peregrinacion de la Edad media.

XI

Era muy de temer que reemplazando al feudalismo la monarquía compacta, sucediese la tiranía única á la tiranía múltiple; que el rey fuese ni más ni ménos un señor feudal con multitud de vasallos y gran extension de tierras; pero la Iglesia parece siempre como el feliz elemento conservador, como el centro de gravedad adonde propende el péndulo de la justicia agitado y pues-

to en oscilacion por el contrario impulso de las pasiones humanas.

El cuerpo social de Europa robustecido, vigoroso, ofrece en el siglo XVI los síntomas de una funesta erupcion. Aquellas fuerzas atléticas que hubieran podido emplearse en vencer y civilizar el Asia, el Africa y la recien descubierta América; aquellos tesoros, que sembrados en paz hubiesen producido incalculables frutos de prosperidad; aquella energía científica, que aplicada á la investigacion hubiese abierto nuevos mundos á la inteligencia, todo se malogró en las sangrientas guerras de religion: la energía científica tuvo principal empleo en defender las verdades del catolicismo; los tesoros se consumieron en soldados y en fortalezas; el vigor atlético se reconcentró en los campos de batalla. Nunca la reforma protestante, ese aborto del orgullo humano, será tratada con la dureza que merece, no ya solamente bajo el aspecto de los errores religiosos, sino como obstáculo al progreso de Europa.

Las glorias de la Iglesia católica en este período, ni por sus mas enconados enemigos pueden negarse: un ilustre frances, Bossuet, y un ilustre español, Balmes, se han encargado de perpetuarlas; mas para nosotros, aunque profundamente respetamos á los dos escritores citados, hay un testimonio que se levanta sobre la esfera de lo humano, testimonio

que acredita y resume toda la ciencia y todas las condiciones de santo valor que atesoraba la Iglesia: nos referimos al concilio de Trento. La Iglesia, que ama la publicidad y la discusion prudente, se reune en Asamblea universal, y á la vista del mundo delibera y define, declara, ratifica, reforma y anatematiza: los mas sabios doctores de la tierra, los obispos mas ilustres de la cristiandad, responden de esa manera solemne á los atrevidos novadores. Y en tanto corre el siglo clásico de la proteccion á las ciencias y á las artes, el siglo de Leon X: un canónigo de Polonia, Copérnico, y un físico de Italia, Galileo, echan á rodar el mundo sobre su eje, y arrojan los astros en un espacio sin fin. La revolucion de la esfera celeste se verifica en la esfera de la filosofía: Descartes y Leibnitz están para venir; el gran Bacon prepara su camino. Escritores ascéticos como Santa Teresa de Jesus y el venerable Dávila; historiadores como Mariana y Solís; poetas como Herrera y Calderon; teólogos como Suarez y Melchor Cano; juristas como Covarrúbias y Gregorio López; pintores como el de Urbino, y Velazquez, y Murillo; militares como Gonzalo y Paredes; hé aquí el cuadro que ofrece Europa, y señalamente nuestra España, en la época de las guerras de religion y del concilio de Trento. Que no nos hablen, por Dios, del Santo Oficio los eternos aduladores del libre exámen: el

libre, no hay macho ni hembra, pues todos sois uno en Jesucristo;» si por defender esta celestial doctrina que de frente combatia la crueldad de los tiranos y la diferencia de razas, habian derramado su sangre millares de atletas de la fe; si en comprobacion y para irrebatible testimonio de la verdad de esta doctrina habia obrado el cielo prodigios estupendos, ¿cuya será la gloria de la saludable trasformacion obrada en los siglos V y VI; del sentimiento de independencia de los pueblos germanos ó del influjo de la doctrina católica?

Reducido el argumento á esta fórmula clara y concreta, la conciencia pública ha dictado ya su fallo; pero entiéndase que el hacer justicia á la doctrina católica, la conciencia pública no ha querido ni podido negar que el sentimiento de dignidad, el rasgo de *personalismo* que caracteriza á las razas del Norte, sirvió de mucho, fué una disposicion favorable, un excelente gérmen para que de lleno obrase el espíritu de verdad, de caridad y de santo progreso encarnado en la Iglesia de Jesucristo.

Nosotros, que justamente nos enorgullecemos con nuestra legislacion de los primeros siglos, con nuestra magnífica y envidiada coleccion canónico-gótica; nosotros, que miramos como estrellas en el campo de la historia los nombres de Recaredo, San Isidoro y San Leandro; nosotros, que sabemos lo que eran, lo que representaban, lo que alcanzaban en punto á costumbres y civilizacion los bárbaros invasores de nuestra patria, podemos, mejor que ningun otro pueblo, contestar á Mr. Guizot y á cuantos autores prefieran en mucho ó en poco sutilizar las conjeturas históricas, á reconocer y confesar paladinamente el *decisivo* influjo de la doctrina católica; podemos contestar con testimonios elocuentes, con magníficos monumentos, que son á la vez timbres gloriosos é indestructibles de nuestra nacionalidad.

VIII

Si comparamos las nupcias de los antiguos tiempos con el matrimonio católico, con el matrimonio sacramento, salta á la vista que la idea de familia en toda su belleza, en toda su consoladora perpetuidad, pertenece á la doctrina evangélica.

Las fórmulas de la confarreacion, de la coempcion y del uso desaparecen; el repudio con todas sus amargas consecuencias, el concubinato con todos sus horrores son condenados y proscritos. Un hombre libre dice á una mujer libre tambien que la quiere por esposa; la mujer acepta y expresa su consentimiento: un sacerdote oye estas

palabras y bendice la union, y el sacramento queda realizado; y ni todo el poder de la tierra basta para quebrantar la invisible cadena que une aquellos corazones, para destruir la identidad perpetua que entre ellos se establece; aquel hombre y aquella mujer son ya carne una y hueso uno, como dice la Escritura; Dios los ha unido, y *quos Deus conjunxit homo non separet.*

Aquí sí que está reconocido el gran principio de la dignidad humana, la *autonomía* en la buena y legítima acepcion de la palabra: bien puede el hombre ser un rey y la mujer una infeliz campesina; el *sí* pronunciado ante el ministro del Señor los iguala y los confunde: ¿qué importa para los efectos del sacramento que el uno sea rey y la otra una infeliz campesina? Allí hay dos almas de idénticos atributos, á igual precio redimidas, de los mismos derechos dotadas.

El matrimonio católico es la gran prueba de la altura á que llega en el mundo moderno la importancia personal; la decision espontánea del individuo crea un lazo sobrenatural, indestructible, que trasciende mas allá del sepulcro, que asegura la consistencia de las familias y el órden de la sociedad. Establecido el amor puro y casto como base del matrimonio, y reconocido este como fundamento de la familia y elemento constitutivo de la sociedad, vendrá á resultar que la sociedad católica está basada en un fondo de amor, á diferencia de todas las sociedades que han existido y existen sobre la faz de la tierra.

El amor en las sociedades católicas se extiende y agranda en ondulaciones como las aguas del mar: los esposos son el centro: la familia es la primera ondulacion; el pueblo es la segunda; sigue la patria; más adelante la humanidad entera.

La Iglesia, maestra de las verdades, dispensadora de las gracias y depositaria del poder, ha recurrido en todas las épocas difíciles, en todos los momentos supremos, primero á los tesoros del amor que al depósito de las armas: volvemos á invocar el testimonio de la historia.

IX

La Edad media, con ser el período mas difícil de la historia, es el mas traido en lengua de los oradores y en pluma de los escritores; de donde resulta que al ménos en sus caractéres generales y sobresalientes es conocida por todos esa variada y notabilísima serie de siglos, especie de sueño vertiginoso de la humanidad. Cierto es tambien que pocos períodos de la historia aparecen más calumniados y desfigurados, ya por el espíritu de parcialidad que á sabiendas desfigura y calumnia, ya por el anhelo inmoderado de fallar en las gran-

des cuestiones históricas y filosóficas, sin el necesario caudal de conocimientos, y sin el poderoso auxilio de una crítica severa.

Durante los siglos medios no parece sino que la idea de autoridad vaga perdida en la atmósfera; y como de ella se ha alejado casi por completo la luz de la ciencia, no aciertan á fijar la idea de autoridad aquellas generaciones intrépidas que viven entre el combate y los azares. El edificio se ha hundido: la sociedad es un inmenso monton de escombros: el poder yace subdividido en mil partículas; atraviesa por un período de análisis. El feudalismo domina en gran parte de Europa: es una necesidad de los tiempos. A la esclavitud de la persona ha reemplazado la esclavitud de la cosa: malas son todas las esclavitudes, pero esta segunda es ménos cruel que la primera; y si hay enemigos que arrojar, si hay invasores que resistir, el apego á la tierra acrecentará el amor patrio, ó si se quiere el amor de localidad; pero los enemigos serán arrojados, y con ayuda de Dios y del valor, aunque dure siete siglos la invasion, ya lucirá la aurora del siglo XV, y se alzará la cruz sobre los muros de Granada.

¡Horrible período el de los siglos medios! Es un inmenso cuadro de desolacion, alumbrado por una sola luz: la luz del catolicismo. ¿Qué hubiera sido del señor feudal si la Iglesia no hubiera repetido á los vasallos la obligacion de obedecer? ¿Qué hubiera sido de los vasallos si la Iglesia no hubiera predicado á los señores la igualdad de condiciones y el mérito de la gran virtud de la caridad? ¿Qué hubieran sido las ciencias y las artes y los monumentos todos de la historia y de la literatura, si la Iglesia no hubiera constantemente alentado el estudio, propagado las copias, y constituídose por fin en la fideicomisaria del mundo antiguo para comunicar al mundo moderno el gran legado de la clásica sabiduría? ¡Eterna gratitud y alabanza á los monjes de la Edad media, tesoreros de la ilustracion de treinta siglos! ¡Un recuerdo siquiera para los monasterios de aquel turbulento período, gigantescos relicarios de la ciencia!

La Iglesia abre escuelas donde enseñar la virtud y las letras, y abre los tempos donde sea Dios adorado, y encuentren asilo el menesteroso y el perseguido: y crea las órdenes militares, congregaciones de héroes del cielo y de la tierra, que así oran y se extasían, como defienden el castillo de Calatrava y desbaratan las huestes sarracenas. El Vicario de Jesucristo alza su voz de paz, y las guerras fratricidas se suspenden; pronuncia su fallo en justicia, y cesan las disensiones de los poderosos. En medio de la espantosa tempestad que envolvia al mundo, en medio de las olas que con